

6 атом Jeter

8000 pts

P. 90

SEMENARIO

PINTO RESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

19 FEB. 1996



1851.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTO RESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLI.

SEMANARIO

PINTO FORBES

1877

1877

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Casas árabes de Córdoba, por D. Luis María Ramírez y las Casas Deza, pág. 5.—San Nicolás, por D. Remigio Salomón, 12.—Paseo de Isabel II en la Habana, 23.—Zarauz, por D. José María de Eguren, 36.—Castillo de Belmonte, por D. Ventura García Escobar, 41.—San Juan de Villa-Torrada, 56.—El monasterio de Jesús Pobre, por D. Remigio Salomón, 57.—Casa de Madrazo en Zarauz, 67.—San Miguel de Medavilla, por D. Ventura García Escobar, 67.—Barcelona, por D. Emilio Bravo, 75.—Santa Cruz de Cangas, por D. Nicolás Castor de Cuneado, 76.—Puente de Lugo, por Don Antonio Neira de Mosquera, 84.—El Castillo de Arjonilla, por D. Luis María Ramírez y las Casas Deza, 97.—El cementerio de la Habana, por D. José María de Andueza (*Aben-zaidé*), 105.—Desfiladeros de la Coruña, 115.—Isla de Fernando Póo, por Don Emilio Bravo, 124 y 169.—La hoz, 125.—Capilla de San Isidro, 135.—Monte Furado, por D. J. A. Figueras, 161.—Santuario de los desamparados en Abades, por D. Antonio Neira de Mosquera, 202.—El hospital de Lugo, por D. Antonio Neira de Mosquera, 254.—Iglesia de Azpetta, 315.—San Pablo del Campu, por D. Jaime Fostagnera, 336 y 348.—Santa María de Namanco y San Miguel del Lino, por D. Nicolás Castor de Cuneado, 355.—Torre larga, 371.—La fábrica de Sargadelos, por D. Antonio Neira de Mosquera, 405.

ANTIGUEDADES.

Antigüedades de Erculano, 28.—Origen de la contabilidad por partida doble, 50.—Mosaico Romano, por D. Remigio Salomón, 35.—Vista restaurada de una plaza de Pompeya, 40.—Descripción de una lápida hallada en León, 95.—Recuerdos de San Isidro Labrador, por D. Ramón de Mesonero Romanos, 135.—La puerta de Oro ó arco de Trajano, 289.—Noticia histórica sobre la fabricación de relojes, 257.—Un combate en campo cerrado, 269.—Placa del emperador Carlos V, 275.—Almude de los donceles, 312.—La Cueva de Hércules en Toledo, por D. José Amador de los Ríos, 378.—Documento público del siglo IX, 415.

BIOGRAFÍAS.

Juan Bautista Monegro, por D. Nicolás Maugu, pág. 41.—Carlotá Corday, 52.—Don Diego Cermudas de Castro, por D. Antonio Neira de Mosquera, 38.—D. Francisco Sánchez Barbero, por D. Alvaro Gily Sanz, 82 y 89.—Rita Lusa, por O. Ramón de Mesonero Romanos, 94.—D. Alonso III de Fonseca, por D. Antonio Neira de Mosquera, 99.—D. Andrés Piquer, por D. Luis M. Ramírez y las Casas Deza, 113.—Historia de dos plebecitos, 178.—Sebastián del Prado, 187.—El conde de Campomanes, 220.—Lain Calvo, 241.—Nudo Rasura, 242.—D. José Pellicer, 261.—Espinel, 333.—Calvine, 332.—Don Nicolás Antonio, 385.

HISTORIA.

Árbol genealógico de los reyes de España, por D. Nicolás Castor de Cuneado, pág. 10.—Sembranzas, reliquia de Babilonia, por Don Laila Saix Milanés, 35.—Estudios históricos, por D. Luis Miguel y Roca, 42 y 50.—La emancipación de los Comunes, 107.—Españolización de Conflans, por D. Julio Sanz Miranda, 148.—Alcaides de los donceles, 163 y 190.—El armamento eccléiástico de Santiago, por D. Antonio Neira de Mosquera, 186.—Costumbres notables, 181.—Las monedas de España, 161.—Alhigos Carlsberg, 192.—La asonada en Roma, 207.—Ricardo, Conde de León, Ana de Austria, 220.—Testamento de Carlos II, 259.—

Alcalfo, 355.—Tanto monta, 385.—Recuerdos de la chusmería, 389, 398, 506, y 515.—Documento curioso, por D. Luis María Ramírez y las Casas Deza, 521.—La hermandad de Santiago, por D. Antonio Neira de Mosquera, 540.—Atiza en la Galia, 541.—Principales causas que han dado á los Romanos el imperio sobre una parte del mundo, 561.—Últimos días de Juan Chouan, 589.—Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia, 405.—Libusa, reina de Bohemia, 405.—Apuntes históricos sobre Q. Sertorio, por D. Remigio Salomón, 409.

VIAJES.

El puente de España en los Pirineos, pág. 2.—Casada de Ceriset, 45.—Una tertulia en casa de Víctor Hugo, por D. Ramón de Navarrete, 47.—Pagoda de Chanteloup, 71.—Naufragio notable, 81.—Via marítima, 129.—Una excursión en Suiza, 143.—La Soiza Sajona, 204.—Emparrado de Hampton Court, 255.—Moriaix, 343.—El río Sannasina, 509.—Ferreñas de Indret, 585.—Iglesia de Marcelle, 587.—Iglesia de San Martín en Argentan, 595.—La Mera y la peregrinación de los mahometanos, 596.

CIENCIAS.

Estudios sociales sobre la civilización, por Don Joaquín M. Lopez, pág. 143.—La paz perpétua, por D. Alvarez Gil Sanz, 318.

LITERATURA.

Introducción, por D. Angel Fernandez de los Ríos, pág. 23.—Literatura en Chile, por Don Emilio Bravo, 65 y 74.—Relación entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega, por D. Adolfo de Castro, 101.—Autos sacramentales de Calderón, por D. José María de Larrea, 154 y 150.—Teatro de Lope de Vega, por D. Ramón de Mesonero Romanos, 209 y 217.—Alonso de Armenta, 256.—El doctor Saa de Miranda, por D. Adolfo de Castro, 289.—Teatro de Moreto, por Don Ramón de Mesonero Romanos, 325.—Teatro de Tirso de Molina, por D. Ramón de Mesonero Romanos, 329.—¿Cervantes, fué ó no poeta? por D. Adolfo de Castro, 334.—Teatro de Roxas, por D. Ramón de Mesonero Romanos, 370.—Teatro de Alarcón, por Don Ramón de Mesonero Romanos, 377.—Adición al artículo Teatro de Alarcón, 392.—Teatro de Calderón, por D. Ramón de Mesonero Romanos, 402.

CRÍTICA.

La representación de la tragedia titulada Abel, por D. Mariano José de Larra (*Figaro*), pág. 2.—Ensayo crítico sobre las obras de Aristófanes, 23.—Pé, Esperanza y Caridad, 356.

BELLAS ARTES.

Estatuas de Ponsin, pág. 17.—Estatuas de Dionisio Pepin, 47.—Tumba de Roncham, 64.—Dibujo de Miguel Angel en la Farnesina, 183.—Litografía de Lemercier, 335.—Retrato de la madre de Rafael, 501.—Del vandalismo en arquitectura, por D. J. M. Cadrado, 513, 578, 585.—La galería Solorza, 400.

NOVELAS Y CUENTOS.

Dolores, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, pág. 3, 12, 21, 30, 38, 45, 54, y 60.—Los escoberos, por Fernán Caballero, 39.—Con mal ó con bien, á los lutos te ten, por Fernán Caballero, 69, 78, 85, y 92.—Misera y virtud, por D. Luis Miguel y Roca, 103 y 108.—La Siga, por la señorita Doña Carolina Corredo, 120, 145, 151, 140, 156, 166, 370, 181, 188, 165 y 214.—La novia de oro, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 153.—La justicia en la Argelia,

153 y 143.—La destrucción de Fátima, por Adolfo de Castro, 149.—Los amores de la madre selva y del abuelo, 107.—La montaña maldita, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, 179.—Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido, por Fernán Caballero, 203 y 211.—La espilana, 231 y 235.—Los tres maridos burlados, 257, 244 y 251.—Ofelia, por D. Luis Miguel y Roca, 254.—Muerte de Calmar y de Orela, 302.—Luchar contra la fortuna, por D. Adolfo de Castro, 203, 275 y 281.—La voz del anciano, 270.—Entre bastidores, 288.—El ojo del amo, 291.—Doña Fortuna y D. Dinero, por Fernán Caballero, pág. 354.—Delicias de la vida, por D. Luis Mariano de Larra, 333 y 342.—El pico del mediodía, 292.—Amor á vista de pájaro, por D. Juan de Ariza, 294, 305, 315, 323, 340, 330, 338, 366 380.—La cantatriz desencuadada, 305.—Amores del rey D. Rodrigo con la princesa Elmita, 314.—El amor de la esclava, por D. Santiago Iglesias, 262.—La hollera, por D. José Gimenez Serrano, 387.—La esposa Rogida de Molière, 393.—La Maldita, 398.—La pierna de madera, 401.—D. Miguel de Mañara, por D. José Gutierrez de la Vega, 410.

COSTUMBRES.

Madrid en el año 1884, por D. J. Bus Figueras, pág. 6.—Los correos, por D. José María Andueza (*Aben-zaidé*), 50.—Atrás, por D. Mariano José de Larra (*Figaro*) 28.—El Diario, por D. José María Andueza (*Aben-zaidé*), 57.—Adelante, por D. Mariano José de Larra (*Figaro*), 63.—Castillos en el aire, por D. Juan de Ariza, 18.—La Semana Santa, por D. Francisco J. de Orullana, 117 y 121.—El maris, (mercado en Toledo) por D. José María Andueza (*Aben-zaidé*) 137.—La vecindad de enfrente, por Don Juan de la Rosa González, 159.—Los mandatos de Madrid, por D. Juan Miguel de los Ríos, 137.—El comico de la legua, por Don Gabriel Esrella, 163.—El Prádi y la sociedad madrileña en 1883, por D. Ramon de Mesonero Romanos (*El curioso portante*), 172.—La verbena, 157.—Los aguadores, por D. Antonio Flores, 202.—Las seis tentativas del amor en Madrid, por D. Antonio Neira de Mosquera, 250.—La exámen teológico, por D. Emilio Bravo, 242.—Españolización de actores, por D. Ramón Bus Figueras, 203.—La fluencia de las mujeres en la cultura de los pueblos, 275.—Las cantaderas de León, por D. Ventura García Escobar, 505.—Paralelo entre los cumplimentados y las palabras de buena crianza, por Don José Gimenez Serrano, 327.—El Pasiego, por D. Antonio Esproncedo, 190.

POESÍAS.

La carga concejil, por D. Ramón de Mesonero Romanos (*El curioso portante*) pág. 7.—Los pollitos, por D. Antonio María Segovia (*El estudiante*), 15.—La pasmoña murmuradora, por D. Eugenio de Tapia, 16.—La Canela, por D. Angel Saavedra, duque de Rivas, 29.—El amor de los amoros, por la señorita Doña Carolina Corredo, 50.—En un alium, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 47.—Id., por D. Ramón Campomanes.—A Luisa, Blanca y Leonor, por Alstán Elpidio, 64.—Grandezas del poeta, por D. Serafin Calderón (*El salutar lo*), 71.—La violeta y el sol, 80.—Amigo, por Don José de los, 87.—El aniversario de la muerte de Moratin, por D. Luciano Perez Arcevedo, 88.—Carta familiar, por D. José de Guerrero, 94.—Delicias, por D. José María de Mora, 112.—La muerte de Jesús por Don Adolfo de Castro, 119.—El juicio de los siglos, por D. Vicente Barcantes, 127.—A. L. G., por D. Francisco Vila y Goya,

159.—A. Napoleon, 188.—De una comedia italiana, por D. Eugenio Fiorentino Sant. 191.—El hombre independiente, por E. 148.—La amaple, por D. Juan de Ariza, 300.—Al niño Alberto Perez de Anara, por D. Alberto Lista, 308.—A un árbol, por el marqués de Anson, 306.—Romance, por D. Aureliano Fernández Guerra, 235.—A Elisa, por D. Francisco Compadron, 234.—Los dos pines, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 252.—Madrigal, por D. Emilio Bravo, 252.—Fragmento, por D. José Espronceda, 259.—Cancion, por D. Miguel de los Santos Alvarez, 240.—Las morcillas de Teruel, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—A una nube, por D. Julián Rames, 238.—El hombre y el arroyo, por D. Francisco Compadron, 265.—Las orejas del barbero, por Don Juan Eugenio Hartzenbusch, 264.—La última hora, por D. Ramón de Navarrete, 270.—Traducción del canto segund de las Lusitadas, por D. Emilio Bravo, 271.—La visita del Panteon, por D. Gabriel Estrella, 270.—Poemas inéditas de D. Juan Pablo Forner, 288.—A un rizo de sus cabellos, por Don Francisco Vda, 293.—A Fernando de Herrera, por D. Eduardo Gasset, 320.—A la

señorita Doña Carolina Coronado, por Don Francisco Martinez de la Rosa, 327.—Esposa sin desposar, por D. Vicente Barrantes, 333.—Cancion, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, 339.—En un album, por Don Antonio Alcalá Galiano, 360.—El cuclillo, por El Barón de Illasca, 392.—Lalida del corazón, por D. Eduardo Gasset, 393.—Las dos rosas, por D. Francisco J. Orellana, 400.—Los amos de una voz, por D. Ventura García Escobar, 401.—Amores del siglo XV, por D. Luis de Eguibar.

VARIEDADES.

Pensamientos varios, pág. 16.—El hijo de la tristeza, 52.—Pensamientos y máximas, 53 y 49.—Míxima, 80.—Anécdota, 128.—La cabeza de ternera, 136.—Fisotropía de un duque, 156.—La humanidad, 182.—El espíritu de la historia, 183.—La pregunta del siglo, 183.—El tiempo, 182.—Los dos brindis, 184.—Amenaza de un andaluz, 182.—La discrecion, 182.—Las espaviladeras, 182.—Vida campestre en Inglaterra, 173.—Los períodos de la vida humana, 176.—La inundacion, 193.—Los cinco puntos, 305.—Reliquias de los grandes hombres,

316.—Distincion entre el deber y la virtud, 325.—Melodias hebreas, 347.—Federico II, y uno de sus soldados, 364.—Traje singular, 269.—Vivi inhumaciones, 278.—Las badas de Limes, 381.—Exposicion universal, 388.—Un médico mudo, 519.—Capricho de un literato, 519.—Las mujeres blancas, 522.—Habitantes de la villa de Batz, 523.—Aforismos, por D. Julian Sanz del Rio, 528.—El hombre de nieve, 529.—El polaco de los particulares, 556.—El bergantín volador, 557.—El abad y el diablo, 559.—Los huevos duros, 552.—Sobre Geroglíficos y anagramas, 560.—Fragmentos, 564.—La velada, 577.—La cruz que nos protege, 580.—Relacion de la familia y regalos que trajo al rey de España Mustafá embajador del gran Turco, 584.—Mitología del norte, 595.—El paraíso, y el infierno, 597.—Causas de nuestros errores, medios de remediarlos, 399.—Anécdota, 400.

HISTORIA NATURAL.

La foca ó Baza marina, pág. 175.—La serpiente de mar, 249 y 258.—Oro de la California, 412.

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

Puente de España en los Pirineos, pág. 1.—Castillos de Ferrara, 8.—San Nicolás, 12.—Casaca de Cerisel, 13.—Castillo de Foix, 24.—Paseo de Isabel II en la Habana, 25.—Zaragoza, 36.—Abadía de Nuestra Señora de la Casa Real, 40.—El castillo de Delmonte, 41.—Casa en que nació Carlota Corday.—Casa en que pasó su infancia Carlota Corday, 35.—El ex-convento de Jesús Potré, 37.—Vista de la casa del señor Marañón en Zaragoza, 66.—Templo de San Miguel de Media-villa en Medin de Rioseco, 68.—Papada de Chanteloup, 72.—Gran teatro del Liceo en Barcelona, 75.—Santa Cruz de Lengua, 76.—Puente de Lugo, 84.—La playa en el puerto de Gancala, 88.—Castillo de Mathe A. Jheray, 89.—El castillo de Arjunta, 97.—Cementerio de la Habana, 165.—Desfiladeros de la Coruña, 113.—Pleasiller-Tours, 115.—Iglesia de San Salvador en Dinan, 120.—Vista de la Isla de Fernando Pío, 121.—La hoz, 124.—Castillo de las Rocas, 128.—Via-mala, 130.—Plaza de Zocodover en Toledo, 157.—Id. desde los portales, 153.—El Prebischlor, 143.—Vista de los Palacios de Galiana en Toledo, 152.—Capilla de San Isidro, 155.—Monte Purato, 161.—Iglesia de Cosurgion, 163.—Castillo de Lassantou, 176.—Ruinas del artillería de Juanelo, 185.—Entrada de los penitentes en Angers, 192.—Castillo de Kufstok, 200.—Camino que conduce á la muralla, entre Welben y Bshen, 201.—Santuario de los desamparados en Abades, 204.—Ermita de San Eusebio en Toledo, 212.—San Pedro de Cardaña, 217.—San Juan de los Reyes, 230.—Emparrado de Ampton Court, 255.—Casa de recreo en Alemania, 258.—Torreón de la antigua muralla árabe de Toledo, 257.—Hospital de San Dionisio, 244.—Roan, 249.—La fábrica de Sargadélos, 254.—Capilla de los Alpes, 257.—El hospital del rey de Burzos, 264.—Abadía de San Luis en Francia, 263.—Puerta del puelle de Alcántara en Toledo, 278.—Palacio de justicia en Beims, 279.—Ruinas del palacio de Doña María la Grande en Toledo, 283.—Portada de la iglesia parroquial de Azzuá, 315.—La torre del Angel en Palma, 317.—San Pablo del Campo, 358.—Mortals, 345.—Santa María de Naranco y San Miguel del Lino (cuatro grabados), 355 y 357.—El río Desnucinta,

369.—Torre-Luces, 371.—Punto en que tuvo lugar el abrazo de Vegara, 375.—Puente de Oraca en Vergara, 379.—Ferriarías de Indret, 383.—Iglesia de Marcello, 387.—Iglesia de San Martín en Argentan, 395.—Valle de Bassira en Guipúzcoa, 395.—Iglesia de Foret, 408.—Fábrica de tejidos en Vergara, 413.—El Eddistone, por Fernan Caballero, 414.

ANTIQUIDADES.

Casas árabes de Córdoba, pág. 3.—Arbol genealógico de los reyes de España. 9.—Antigüedades de Hieraculano (dos grabados), 28.—Mosaico romano, 55.—Armadura de Horacio-Cortes, 45.—Vista restaurada de una plaza de Pompeya, 49.—San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, 84.—Sepulcro antiguo de San Isidro, 135.—Casa de Candia, 185.—D. Fernando el Católico en la toma de Baza, 231.—Plaza del emperador Carlos V, 275.

ESCENAS DIVERSAS.

Naufragio notable, pág. 81.—La emancipacion de los Comunes, 108.—Luiza Siega leyendo un poema, 152.—Una escena de fusión, 154.—Doña Isabel Galindo (la lotina), dando lección á Isabel la Católica, 149.—La inundacion, 195.—Amor de madre, 209.—Meditacion, 245.—La pl garta, 234.—La Capisina (dos grabados), 225.—Escena de Machel, 248.—La alabaya, 272.—Las badas de la ciudad de Limes, 281.—Una escena de la chusería, 289.—La pérdida de la libertad, 296.—El hombre de nieve, 321.—La pena sacra, 329.—El bergantín volador, 357.—La velada, 577.—Ultimos dias de Juan Choman, 390.—Objeto de un viaje de Luis XIV á Nantes, 397.—La pierna de madera, 401.

RETRATOS.

Victor Hugo, pág. 49.—Carlota Corday, 32.—D. Alonso III de Fonseca, 39.—Rita Luna, 91.—El cará de Frumie, 109.—La infanta Doña María, 135.—Doña Luisa Siega, 141.—Luis de Cosmoens, 157.—El pintor Ducortel, 177.—El conde de Campomanes, 229.—Luis Calvo.—Nuno Nuñez Buzara, 241.—D. José Pellicer, 262.—D. Jorge Juan, 288.—Alonso Cano, 508.—Meyerboer, 520.—Espinel, 553.—Calvino, 552.—Retrato de la madre de Rafael, 561.—D. Nicolás Antonio, 396.—Un retrato pintado por Rafael, 402.

TIPOS POPULARES.

Naturales de Fernando Pío, pág. 169.—El Prado en 1835, 178.—Orquestas que han invadido las calles de la capital, 216.—Habitantes de Bat, 324.—Adelaida, 332.—Cabezota, 355.

BELLES ARTES.

Estatua de Poussin, pág. 17.—Estatua de Dionisio Papia, 44.—Tumba de Boncham, 64.—Cabeza dibujada con carbon, por Miguel Angel en la Farnesina, 185.—Ventana de San Juan de los reyes en Toledo, 196.—Estatua de la reina Doña Leonor, 268.—La declaracion, cuadro de Voltevin, 269.—Altar mayor de la capilla del condestable Don Alvaro de Luna en Toledo, 295.—Estatua de Godofredo de Bouillon, 297.—Exposicion universal (diez grabados), 500, 501 y 504.—Capitales bizantinas, 303.—Nuestra Señora de la Angustia, 312.—Litografía de M. Lamerrier, 335.—Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia, 404.—Lihosé, reino de Bohemia, 404.

GRABADOS VARIOS.

Un floral, pág. 94.—Las ruinas de la Alaya, 96.—Una vista, 112.—La paloma, 174.—Los cinco puntos, 203.—Las mujeres blancas, 225.—El Abad y el Diablo, 239.—Atila en la Galla, 541.—La jóven en el mar, 364.—El jóven en el bosque, 363.—La cruz (dos grabados), 360.—Un grano de oro de California, 415.

GEROGLIFICOS.

Cada uno en su casa, 33.—Las pasiones y las novelas desvelan á las jóvenes, 80.—Arbol sin riego, casa sin techo, muger sin amor, y marido decucidado, son cuatro cosas que lleva el diablo, 104.—Quien bien quiere, bien obedece, 156.—Si quieres un día bueno, hazte la barba; un mes bueno, mata un puerco; un año bueno, cástate; un siempre bueno, hazte el cráneo, 168.—El conocimiento del mapa es necesario á todo hombre que viaja por Europa, 208.—Mano sobre mano, como muger de escribano, 240.—Bien hayas mal, si bienes solo, 280.—En tiempo de higos, no hay amigos, 312.—Mas vale ver cabeza de ratón, que cola de leon, 344.—El lechuzo apetece y bebe aceite, 362.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL,

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(El puente de España en los Pirineos.)

El **SEMANARIO** entra hoy en el décimosexto año de su existencia. Como hace que nos fue confiada su dirección, tras que adquirimos su propiedad; desde aquella época las introducciones con que hemos tenido la honra de abrir los tomos de nuestro periódico, han menegado notablemente en tamaño. A medida que los deseos que manifestáramos en sus primeros se han ido viendo realizados al redactar las siguientes.

Hay por bastian muy pocas palabras para que desempeñen las veces de prólogo del tomo de 1834. Apoyados en la colaboración mas numerosa y mas escogida que ha tenido jamás periódico alguno en España, favorecidos con una suscripción extraordinaria en nuestro país, y seguros de la simpatía que el público profesa al **SEMANARIO**, nos limitaremos á llamar la atención hacia el índice del volumen anterior que se separa hoy, para que puedan examinarse á un golpe de vista las materias de que se ha ocupado, y los nombres de los escritores que las han tratado, y tambien el aumento de lectura que ha tenido nuestro periódico.

Las mismas plumas que han enriquecido el tomo que concluye, tornarán, como de costumbre, parte activa en el que empieza. Esta seguridad nos mueve á confiar que, en cuanto á la parte literaria, estamos muy próximos á ver satisfecha nuestra ambición. Quedan aun obstáculos que vencer en la artística y material para que estén ambas en armonía; á esto se encaminan nuestros esfuerzos, ya que hoy nos creemos con derecho para poder decir, sin pecar de inmodestos, que hemos logrado que el **SEMANARIO** sea el primer periódico literario de España.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

EL PUENTE DE ESPAÑA EN LOS PIRINEOS.

La lámina que colocamos al frente del **SEMANARIO** de 1834, es una de las vistas mas pintorescas que ofrece esa vasta cordillera interpuesta entre España y Francia, y designada con el nombre de Pirineos. Este paisaje en que la naturaleza se ostenta en toda su magnificencia inulta y salvaje, ha sido repetidas veces teatro de acciones y escaramuzas, con motivo de encuentros entre los habitantes de las dos naciones, en cuya línea divisoria se halla, y por choques tambien entre los aduaneros y los contrabandistas, que frecuentan aquellos parages quebrados para introducir sus mercancías: una de estas escenas, es la que representó la magnífica lámina con que inauguramos el presente tomo.

MARZO.—1835.—(INÉDITO). (1)

REPRESENTACION DE LA TRAJEDIA TITULADA LA MUERTE DE ABEL, LARGO TIEMPO PROHIBIDA.

La ilustración de nuestro gobierno parece haber dejado en pie las tragedias en cuarentena por este año, y algunas otras representaciones; solo han quedado excluidos del ensanche dado al arte, los bailes nacionales; efectivamente la autoridad ha conocido que se puede muy bien ver comedias y salvajes: lo que parece estar todavía en duda es que se pueda uno salvar viendo bailar bailes nacionales. Yo estoy con el Gobierno por la negativa. Los bailes suizos, como los de la ópera *El Guillermo*, que se sigue representando, tienen otro var: los nacionales son los especialmente desagradables á los ojos de Dios, con la circunstancia de que Su Divina Majestad parece llevarlos más en paciencia el resto del año, que en ciertos cuarenta días, llamados cuarentena. Esto parece querer decir que hay circunstancias para todo, y que lo que es bueno en tal mes, es malo en tal otro, aun á los ojos del cielo. Lo mismo se dice de las otras, las cuales solo son buenas en los meses de error. Un historiador podría inferir de aquí que las danzas que bailaban los israelitas alrededor del Arca del Testamento, no eran bailes nacionales, sino bailes del Guillermo, bailes suizos. Es probable que fuese así.

Convergamos en que hay pocas cosas mas ridiculas, ni mas insolentes, que la petulancia con que suele el hombre autorizar con el nombre tan sagrado de Dios, sus pequenezes.

La muerte de Abel es un hecho incontestable, y esta tragedia, una de las *ocultadas* obras literarias del repertorio de Maizeux. Muchísimo mérito debería tener aquel célebre actor, cuando adquirió su fama en las obras que representó, y cuando se la comunicó á ellas mismas,

Entre todas las óperas representadas por Maizeux, no recordamos una buena.

Es preciso tener muchísima precisión de hacer una tragedia; para hacer la Muerte de Abel. Advertimos que no vamos á hablar del asunto consignado en las Escrituras Sagradas, que respetamos; vamos á hablar solo de la tragedia, y de los medios de que, para llevarla á cabo, se ha valido el autor.

Los primeros padres empezaron á poblar el mundo. Adán parece un buen sujeto; Eva, el fin, mujer. Abel es un verdadero pisaverde, fiero, rubio y adamado. Felicado y poco trabajador, ha escogido por tanto el oficio de pastor: lleva y trae sus ovejas: reza y duerme, y como es feliz, quiere á todo el mundo. Es natural. Cain es robusto, fuerte, rehecho, feo, poco amigo de dengues: labra la tierra, y sustentó con su fruto á toda la familia: mata á los leones, y les roba la piel para abrigar á todos con ella: si está es malo, venga Dios y véalo. No tratamos de hacer la apología de Cain; ya es pleito perdido; pero sí de poner las cosas en claro, y la poca habilidad del autor Legouvé. Seguramente que no pasarían las cosas como él las pinta. A pesar de todo eso, como Abel es mas valeroso, y siempre tiene la risa en los labios, quiérenlo mas. Cain gasta mal humor y quiérenlo menos. Hé aquí la ventaja de los héroes modales. Pero tener mal humor no es delito, sobre todo cuando se trabaja mucho. En estos dimes y diretes, en estos chismecillos de vecinas, pasó el primero y segundo acto, sobre si Cain quiere, sobre si no quiere á su hermano. Tantas veces se le dicen al pobre, que ya da al diablo á Abel y á sus parientes; dícele á su padre las verdades del barquero: castellano viejo, el pan pan y el vino vino. Entonces no habia pan ni vino: por consiguiente no he dicho nada. Pero de allí á poco vuelve en sí, oye un sermón del gran papá, pide perdón, se reconcilia con Abel, y llenos ambos de fervor, vuelvense á Dios, que anda por allí cerca, según luego se ve, y depone cada uno su ofrenda en su respectivo altar, de inútiles flores Abel, de productivas espigas Cain.

Era costumbre entonces que bajase una pella de fuego de la bóveda azulada, que se ha descubierta despues no ser mas que aire, sobre el don que mas agradaba á Dios. Así es, que de allí á poco baja la llama revoloteando, y consume el de Abel. Hé aquí á Cain furioso de nuevo. ¿Es esta, clama, la justicia? Ostigado y frenético, jura odio y venganzas eternas. ¿A qui la faule?

En el tercer acto ha soñado Cain: es muy comun en los héroes de tragedias el soñar: véanse Dido, Edolaira, Melvina: en una palabra, todos. Los fisiólogos no han podido dar todavía con la causa de esta singularidad. Sea que como comen poco y tienen muchas penas, bagan malas digestiones, sea que comen demasiado tarde, sea, en fin, lo que sea, el hecho es indudable. Cain, pues, ha soñado que veia á la posteridad de Abel, rezando siempre y dándose buena vida, á costa de la suya, afrexada y laboriosa. De aquí vino sin duda decir: *sueños hay que verdades son*; porque ha sucedido *no por lo todo* lo soñado por Cain. Con este motivo este mata á Abel de un porrazo. El autor ha sustituido en este lugar á la célebre quijada del animal mal sonante y sufrido, una especie de azadón. ¿Por qué? Esta es alteracion notable y que pudiera inducir en error al público. La cosa fué quijada, y esto lo aseguramos como si lo hubiéramos visto.

Lo mismo es caer muerto Abel, que se levanta un airazo de todos los diablos: los naturalistas no han podido nunca descubrir que el homicidio levanta aire; pero otros tiempos, otras costumbres. Este es uno de los muchos secretos, que se han perdido y que mueren con el poseedor, Cain se horroriza y mas su familia. De allí á poco se ve en el fondo de la naturaleza un triángulo rodeado de rayos de oro, cuyo triángulo habla, y le pide cuentas á Cain, condenándole á vida vaga y excedida. El delincuente no sabe qué responder y toma las de Villadiago, terminándose la función con una divertida y copiosa lluvia, efecto tambien sin duda del homicidio.

No negaremos que hay por aquí y por allí algunos rasgos sublimes, pero como dice Virgilio: *apparet rari mantes in gurgite casto*.

Nos ha chocado mucho que se usara del adjetivo *sangriento*, en tiempo de Adán hasta con abuso; pero mas que todo que el buen señor Adán incurra en el anacronismo grosero de hablar de sus *ceceñas*, aludiendo á su muerte. Todos sabemos que hasta muchos siglos despues no se quemaron las cadáveres: no es de sospechar que el respectable anciano, de muy poca pedante, estuviere tan al corriente de la historia Egipcia, Griega y Romana; lo uno porque Adán fué un tanto anterior, lo otro, que es lo principal, porque nació ya grande para aprender. La figura retórica de las *ceceñas* está pues inoportunamente colocada en boca de Adán. Es verdad que en el día tambien se llama *ceceñas* á los cadáveres, y se cree decir una cosa muy elegante: en nuestro entender lo que se dice es un disparate, ahora lo mismo que en tiempo de Adán.

Y esta es la ocasión de decir de paso que la lengua de los primeros hombres debería ser poco rica y nada á propósito para largos parlamentos metafísicos de teatro, debería reducirse á unos pocos nombres

(1) Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores, que el **SEMANARIO** publicará algunas cuantas noticias del conde de España, que debimos á la buena ventura de su hijo. Entre ellas se cuentan las *fiestas de Alcalá*, que prohibió la corte, y otra escena en vista de ella con el título de *Arca* que sufrió igual suerte que el pirineo.

propios. Pocas sensaciones, pocas ideas, pocas palabras. Y esto dado caso que hubiesen llegado ya á formarse y lijarse palabras, y que no fuese más bien sonidos casi maripuleados, toda la conversación gastada en los primeros tiempos de este mundo perecedero y de pura conversación, ya en el día, merced á los adelantos de los hombres.

FIGURÓ.

DOLORES.

CARTA PROLOGO.

Sr. Director del SEMANARIO PINTORESCO:

Dos noches de desvelo me ha ocasionado V., Sr. Director del SEMANARIO, con su petición de una novela para aquel lindo periódico. Lesaba yo complacerle, y me devanaba los sesos, como suele decirse, por encontrar en los escondrijos de mi imaginación algo que me satisficiera; pero todo era en balde, pues no parecía sino que aquella rica abastecedora de halagüeñas mentiras se declaraba en quiebra, en quiebra que según las apariencias nada tenía de fraudulenta. En medio del vivísimo dolor que produjo en mí aquel descubrimiento imprevisto, recordé que mi primera tragedia, *Alfonso Muñiz*, tan feliz para con el público, había debido su existencia á otro momento de laercia de la facultad creadora; á un momento de cansancio y de aburrimiento, en el que no hallando cosa mejor me había entretenido revolviendo viejos documentos suministrados por el archivo de mi familia. De ellos había sacado la noble y caballeresca figura del alcaide de Toledo, y en ellos esperaba encontrar algún otro tipo de los pasados tiempos, que por el contraste que ofreciese con los de nuestro siglo alcanzase la dicha de interesar algunos momentos á los benévolo lectores del ameno periódico cuya prosperidad deseo. Mi esperanza no quedó frustrada del todo, ni del todo satisfecha: los personajes que he escogido para componer este pequeño cuadro que hoy va á jugar V., no son acaso los más interesantes que hubiere podido proporcionarme en aquel vasto musgo de figuras ociosales, si se comparan con las de nuestra época; pero confesaré una flaqueza: la circunstancia de llevar mi apellido los principales actores del drama sencillísimo que copio á continuación de estas líneas, pudo tanto en mí que les concedi desde luego la preferencia, no obstante el justo recelo que instantáneamente concebía de que el interés que me inspiraban mis héroes, nacido en gran parte por las simpatías de la sangre, no fuese comunicable á los indiferentes, que solo buscan en esta historia el interés de los sucesos.

Combatida de dicho temor, pero arrastrada por el afecto del error que se recreaba en hospedar rasgos que se le hacían queridos, escribí los adjuntos capítulos, y aunque cada uno de ellos lleva mi nombre al pie, he creído conveniente encabezar su conjunto con esta *carta prologo* en que declaro que ninguna *pretension*, según se dice ahora, me anima al dar publicidad á *Dolores*; que nada he inventado, que ningún esfuerzo de ingenio ha sido menester para presentar bajo las formas de una novela la estrofa y dolorosa historia de aquella pobre criatura que existió realmente, como todos los personajes que en torno de ella se agrupan en este breve cuadro, y que el lector encontrará también si le place buscarlos, en las crónicas más conocidas del reinado de D. Juan II de Castilla. Mi trabajo, pues, se ha reducido á copiar con fidelidad, y de vez en cuando á llenar algun pequeño vacío que solía advertir en el original, escrito con bastante descuido y con menos pormenores de los que se me hacían necesarios para llenar mi objeto. Por lo demás, ninguna gloria puede resultarme del mérito que haya en la presente historia, y al confesarlo humildemente, ruego á los suscritores del SEMANARIO, á quienes la dedico en muestra de mi aprecio y buena voluntad, que tampoco se quejen de mí si no alcanzo *Dolores* la fortuna de agradarles, toda vez que he comenzado por eximirme de los honores, y por consiguiente de la responsabilidad de inventadores.

Dicho esto, nada tengo que añadir, sino que formo sincerísimos votos por la dilatada vida del SEMANARIO, y por las ventajas de todo género que merezca su ilustrado director, y porqué proporcione su lectura completo solaz y entretenimiento á sus constantes suscritores, y principalmente á sus bellas suscritoras.

H. S. M. de V.

G. G. DE AVELLANEDA.

CAPITULO I.

EL BAPTIZO DE UN PRINCIPE HEREDERO.

Apenas serían las nueve de la mañana del día 13 de enero de 1425, y por cierto no había salido el sol á recoger la tierra con todo el es-

plendor y la pompa que requería la gran solemnidad que iba á celebrarse en aquel día. Nebuloso se mostraba el cielo, y fría y punzante la atmósfera, como no extraordinarias en aquella estación, pero esas desagradables y hasta inoportunas cuando voló la ciudad de Valladolid se apresaba llena de júbilo á festejar grandemente el sagrado bautismo del primer fruto masculino que se dignara conceder la providencia al feliz himeno de don Juan II de Castilla y de doña María de Aragón; su esposa y prima.

Desde los primeros albores del alba habían comenzado en los barrios más tranquilos por lo común en aquella hora, decausado movimiento, que iba aumentándose considerablemente á medida que se veía más próximo el instante solemne de la augusta ceremonia: mas donde se hacía más notable la afluencia de gente y el tumulto consiguiente á ella, era en la calle concedida con el nombre de *Torera Gil*, honrada entonces por habitar en ella los reyes, y en la Plaza Mayor, donde casualmente tenían vecinas sus respectivas moradas los tres poderosos magnates á quienes cabía la alta honra de sacar de pila al heredero del trono. Era en estos el condestable D. Alvaro de Luna, conde de Santisteban; el almirante D. Alonso Enriquez, y el adelantado de Castilla D. Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro-Seriz, acompañados, como padrinos del escelo recién-nacido, sus esposas doña Elvira de Portocarrero, doña Juana de Mendoza y doña Beatriz de Avellaneda.

Cada uno de aquellos felices personajes tenía, como era consiguiente, numerosos adictos y escuderos (que nunca faltan ni unos ni otros á los que ejercen autoridad y se encuentran por cualquier mérito real ó caprichosa fortuna), y según sus sentimientos particulares cada uno de sus apasionados ensalzaba ó ensalzaba la nueva distinción régia que colmaba de gloria á los que eran objeto de sus esperanzas ó envidias. Aquí se oían lamentaciones; allá aplausos; unos se escandalizaban de que se llevase á su complemento el orgullo de D. Alvaro de Luna, con honras de que le declaraban indigno, y complaciéndose en recordar la oscuridad de su origen, pronosticaban desastres increíbles en el reino, á causa del favor en que parecía establecido aquel dichoso advenedizo. Otros, por el contrario, ponían en las nubes las cualidades del valido, y aseguraban la creciente prosperidad de Castilla si continuaba dirigiendo con su prudencia y talento el ánimo del monarca. Algunos se admiraban de que no fuese solo D. Alvaro el honrado con el padrino; muchos llevaban á mal que se agregase la asociación de aquel favorito personajes tales como D. Alonso Enriquez y D. Diego Gomez de Sandoval.—El viejo almirante decían los primeros, solo debía ocuparse de preparar su viaje á la otra vida; y el bueno del conde de Castro, que siempre se ha mostrado más celoso por el servicio del rey de Aragón que por el bien de Castilla, no merece en verdad que se le conceda hoy la más señalada muestra de estimación que puede ambicionar el súbdito más leal por premio de sus sacrificios.

Un nieto de reyes, esclamaban al mismo tiempo los de otro bando, un varón tan ilustre en todos conceptos como lo es D. Alonso Enriquez, no debía tener por compañero en esta merced á un D. Alvaro de Luna. ¿Y el Adelantado? prorompian otros: ¿es justo que el rey ignora á este digno caballero con el aventurero afortunado que no alcanza otra gloria que la de haber seducido el corazón de S. A.? Nadie más que D. Diego Gomez de Sandoval merecía sustentar en la pila bautismal al Infante que debe gobernaros algún día. El mismo almirante, magnánimo en sangre real, no deja de ser un bastardo, que no puede afirmarse con blasones tan legítimos y tan puros como los que honran la casa del conde de Castro-Seriz.

Tales eran las pláticas que por do quiera se escuchaban, y hasta las damas, que iban apareciendo en los balcones entre cortinajes de seda, disentan acaloradamente en pró y en contra de la elección real.

Las otras madrinas, decían unas, van á quedar deshonradas por la mujer del condestable. Nadie sabe como él ser espléndido cuando quiere: ni dama bella en la corte que pueda competir en gracia y en bizarras con su joven esposa doña Elvira.

Doña Beatriz de Avellaneda vale cien veces más, replicaban otras; aunque menos joven es mucho más hermosa, y nunca podrá adquirir D. Alvaro el buen gusto y la natural magnificencia del conde de Castro-Seriz, que al fin nació siendo lo que es, y no ha menester aprender los aires de personaje.

¡Callad! esclamaba otra: ni la condesa de Castro, ni la de Santisteban, por brillar que las plateas y por riquetas que retengan, se harán notar tanto como doña Juana de Mendoza, la esposa del almirante. Porque tiene 60 años, ni juzgáis fuera de toda competencia: pues sabed que ni Elvira de Portocarrero, con su rostro afligido y su juventud florida, ni Beatriz de Avellaneda, con su aspecto arrogante y su orgullosa hermosura, alcanzarán la dignidad natural de la nuestra madrina, que perdiendo con la edad las gracias de la figura, parece haber arrojado dotes preciosísimas del alma, que se reflejan en aquella, y que la hacen todavía la mujer más amable de Castilla.

En tanto que estas conversaciones se tenían, la calle de Teresa Gu y la Plaza Mayor iban llenándose mas y mas de curioso gentío, y volviendo rápidamente los instantes se acercaba á mas andar la hora señalada para trasladarse los padrinos al palacio de los reyes. Vestos salír y examinarlos de cerca era el impaciente anhelo de aquella multitud que se agolpaba en los pórticos, que comenzaba ya á posesionarse de todo el ámbito de la Plaza, y que bien pronto debía reducir y oprimir por las calles del tránsito, hasta las puertas de la real morada, delante de las cuales eran ya numerosos los grupos de cortesanos. Pero ni en el mismo palacio habia tanta agitación como en las casas de los padrinos. Todo era en ellas movimiento y alegría, todo entrar y salir escuderos y pajes, que en aquel gran día ostentaban la opulencia de sus señores con el lujo inusitado de sus costosos trajes. Adornábanse los primeros con terciopelos y damascos; y hasta los criados de inferior categoría se pavoneaban ufanos con sus vestidos de finísima grana; mientras que los principales actores de aquella fiesta solemnísima se disponían á aparecer en público deslumbrantes con la profusa copia de brocados y pedrerías que á competencia cargaban en aquellos momentos sobre sus personas, mas ó menos adornadas de antefuero por la pródiga naturaleza.

Eran las diez y media: treinta minutos solo faltaban para el instante señalado por los reyes para la ceremonia, cuando, comenzando á satisfacer la inquieta curiosidad del gentío, se presentaron antes que los otros, el almirante y su esposa, saliendo á pié de su morada en medio de una brillante comitiva. Magníficas eran las galas de doña Juana de Mendoza, aunque apropiadas á sus muchos años, y con majestuoso continente llevaba todavía el buen D. Alonso Henríquez su rico manto recamado de oro, y forrado de riquísimas pieles; pero todo su lujo y la verdadera dignidad que podía notarse en aquella venerable pareja, no pudo fijar sin un momento de atención general, llamada poderosamente hacia la casa del condestable, cuyas marciales puertas se abrieron con ruido de par en par en el instante en que D. Alonso y su mujer atravesaban la plaza. Digno de príncipes era ciertamente el huido séquito que comenzó á salir precediendo á D. Alvaro, y el concurso de espectadores tuvo necesidad de retroceder y apartarse para dejar campo al tropel de numerosos servidores de aquel santísimo valdío, que se dejó ver por fin, dando la mano á su Elvira, resplandecientes ambos con el doble brillo de la juventud y de la dicha, que hacían parecer inútiles los otros esplendores que les prestaba la opulencia. El condestable pasó con gracioso desbarrazo por entre las oleadas humanas, sin que un momento se apartase de sus delgados labios la sonrisa algo desdentada que le era característica, mas llevando en su seguida frente y en sus ojos vivaces y penetrantes una expresión de alegría y benevolencia, que no le era tan común como aquella. Su elegante consorte repartía mientras tanto saludos afectuosos por la triple hilera de balcones que coronaba la plaza, y en los cuales innumerables ojos, negros y fulgurantes, se clavaban en ella ávidamente, para recoger los mas insignificantes pormenores de su magnífico tocado. Cuando hubieron pasado aquellos personajes y sus respectivas comitivas, todas las miradas se dirigieron únicamente hacia la casa del conde de Castro; pero nada anunciaba en ella la próxima salida de sus dueños. Ya pisaban los otros padrinos los umbrales regios, y todavía no habian visto aparecer los concurrentes de la plaza al adelantado de Castilla, cuya inconcebible tardanza comenzaba á dar pábulo á mil suposiciones mas ó menos verosímiles.

Nosotros, en vez de fatigar al lector con la noticia de ellas, le hacemos salir de duda, introduciéndole sin ceremonia en lo interior de aquel edificio delante del cual tanto se afanaba la curiosidad, sin atinar ni remotamente con la ample y verdadera causa del retardo que la sorprendía é impacionaba. En uno de los departamentos de aquella gran casa, mas notable por su capacidad que por su construcción, se nos presenta á la vista, amables lectores míos, una graciosa estancia compuesta de pequeña sala de forma oval, gabinetillo redondo y espacioso alcaoba casi cuadrada. Los dos primeros están tapizados de damasco azul celeste: á la derecha la revisé conjetivamente (páreseos está palabra) una sola mesa ligera de color de perla sembrada de grandes rosas. Todos los muebles de aquel elegante aposento son de un gusto sencillo y exquisito, muy común en la época: se ven esparcidas por las sillas del gabinete en agradable desorden varias labores femeniles no terminadas aun; sobre la mesa del tocador abundan tambien mil lindas baratijas que adornan el seno del dueño de aquella estancia, y á la derecha de la alcaoba se descubre un lecho blanco, delante del cual ha olvidado sin duda la negligente camarera dos zapaticos de terciopelo rojo, cuyas breves dimensiones dan testimonio de haber saltado los ante pábulo pies que pudon haber hallado la tierra de Castilla.

La puerta de cristal de aquella alcaoba tiene enfrente otra igual, pero tan cerrada y cubierta por sus cortinillas de tafetan púrpura, que un rayo es dado por abta penetrar mas adentro. Nadie aparece por allí: ni ruido en toda la casa relata el bullicio mas alegre, aquel aposento parece en calma y en silencio, no interrumpiendo este sino los gorgoros

de dos güerillos que en sus jaulas doradas celebran la claridad del día desde las dos ventanas que dan paso á la luz en la sala y en el gabinete. La de este último, no aclarando la alcaoba por su frente, pues está situada á su lado izquierdo dando vistas á un jardín, deja el vaciado del lecho en una semioscuridad que place á la vista y á la imaginación, prestándole un no sé qué de vago y misterioso que armoniza con aquel dormitorio virginal donde el mismo sol parece penetrar respetuoso.

El hijo inteno de la estancia no se percibe en aquella estancia: se encuentra uno envuelto en lina y perfumada atmósfera, en aquella atmósfera especial que distingue en todos los países del mundo la mansión habitual de una mujer hermosa y delicada. La que examinamos nos parece tan característica, que hasta inferimos de ella la edad, la índole y las inclinaciones de su modesta habitadora; y tanto es así, que cuando vamos entrar de repente á una matrona hermosísima cubierta de espléndidas galas que sabe llevar con desdichoso desbarrazo, nos sentimos dispuestos á exclamar sin vacilación: *¡no es ella!*

Pero al nombre de Dolores que en alta voz articula al lanzarse al gabinete, se abre de súbito la puertecita de cristal, hasta entonces cerrada, y aparece como encuadrada en su centro la casi ideal figura de una jóven de diez y seis años, blanca, esbelta, con sencillísimo arreglo, y con tal expresión de delicadeza y sensibilidad y modestia en la melancólica mirada de sus grandes ojos pardos, que no nos es posible dejar de reconocerla por la apacible fealdad de aquel modesto santuario.

—¿Me llamáis, madre mia? dijo al presentarse, dejando oír una voz que tenia algo de musical, tanta era la suavidad de sus modulaciones.

—Siempre encerrada en tu oratorio exclamó la dama con tono de reconvencción. ¿Has olvidado, Dolores, que estamos á 12 de enero, día en que entró en el santo gremio de la Iglesia el heredero de Castilla? Son mas de las diez, añadió vivamente, y aun no te encuentro á tu vivienda.

—Creia, repuso la jóven, que mi dueña os habria hecho saber la mala noche que he pasado, y que sintiéndome indispuosa esperaba de vuestra bondad y de la de mi señor padre el permiso de no salir de mi cuarto.

—Te sientes indispuosa! dijo con decaudada semblante la condesa de Castro, acercándose á su hija con maternal solicitud; pero al notar el macarrado brillo de su hechicero rostro, calmóse indudablemente su zozobra, pues añadió con acento menos afectuoso y casi severo:—No estás mala, no, gracias al Cielo: lo que te retrae de las distracciones propias de tu edad; lo que nos priva de la compañía de nuestra hija haciéndola amar el aislamiento en el propio seno de su familia, es esa tristeza con que te empeñas en alliguirte, y cuyo origen tan cuidadosamente nos ocultas.

Dolores se puso pálida y bajó los ojos con muestras de turbación. Doña Beatriz de Avellaneda prosiguió con mas blandura:—Sí, hija mia, estás triste hace algunos meses; todo lo olvidas; hasta la ternura de los padres y las caricias de tus hermanos en cuyos juegos te recibías antes. De cariñosa y jovial que eras, te has convertido en displicente y desprendida de los tuyos; pero no imagines que á pesar de tu reserva me es desconocida la causa de tan sensible cambio: comprendo el loco afán que fatiga tu pecho; conozco la idea que se ha apoderado de tu mente y que tanto la domina.

Dolores se puso encendida como la grana y levantó hasta el semblante de la condesa una mirada tímida y melancólica. La matrona continuó diciendo: Eres muy niña, mi querida hija, para pensar en resoluciones tan graves é irreversibles: hemos hecho mal tu padre y yo en confiar tu educación á la buena abadesa de santa Clara de Tordesillas; de los años que has pasado en aquel convento nace el desagrado que te inspiran hoy todas las cosas del mundo: sin reflexionar que el esceso es malo aun en lo bueno, que en todos los estados se puede servir á Dios, y que su Providencia al hacerte nacer de padres ilustres y opulentos, y al dotearte de mil prendas preciosas, ha hecho conocer que no te destinaba á las oscuras virtudes de la vida monacal. Pero en la exaltación peligrosa de tu inesperienza solo supieres ahora por volver al convento, y estoy muy segura de que no concibes otra felicidad que la de tomar el velo, abandonando á unos padres que cifran en tí su gloria.

Dolores respiró con mas libertad al oír estas palabras, y aunque la emoción con que pronunció las últimas doña Beatriz enterneció el corazón de la niña, era fácil conocer que se habia dissipado de su pecho alguna inquietud dolorosa.

—No deseo separarme de vos, madre mia, dijo inclinándose para besar sus manos: Dios me es testigo de que me reconozco muy indigno del santo título de esposa suya.

—Si así es, repuso la condesa, ¿por qué causas esta mudanza que tanto llama la atención de todos los de la casa; y que...—no pudo terminar la frase, pues en aquel instante entró preturoso en el aposento el adelantado de Castilla.

—¿Dónde está mi hija? exclamaba: haime dicho que se encuentra enferma... Dolores le salió al encuentro con amable sonrisa, y el conde de Castro la estrechó en sus brazos diciendo entre enfadado y alegre.— Maldita sea esa diosa que me hizo creer que mi ángel padecía!

—No ha sido nada, le aseguró la joven acariciando sus manos: un poco de dolor de cabeza que ya ha calmado.

—Es que la echamos á perder, D. Diego, con el demasiado mimo, pronunciaba al mismo tiempo la condesa. Ya lo veis, Dolores no quiere participar en este gran día del júbilo de sus reyes y de sus padres.

—¿Por qué pues, vida mía? la preguntó el adelantado con tan afectuoso acento que contrastaba con su figura varonil y vigorosa y con el gesto marcial que le era característico. El rey hace sala (1) á su corte; se celebrarán justas esta tarde, y por tres días consecutivos tendremos numerosos y brillantes regocijos.

En efecto hoy es un gran día, respondió Dolores con particular expresión: un día muy grande para mí... para todos, añadió turbándose: por eso mismo os pido el permiso de pasarlo en soledad y oración.

—¡Esa es! ¡en oración! prorumpió casi enojada doña Beatriz de Avellaneda; nuestra hija, D. Diego, no piensa más que en el cielo, y desprecia todas las cosas de la tierra, incluso nosotros.

—Despreciaros! exclamó la joven. ¡Oh! bien sabéis que os amo y os reverencio, madre mía. Os aseguro nuevamente que no piensa en dejáros; pero necesito orar hoy más que nunca para que Dios bendiga este gran día, para que todo lo que acontezca en él sea próspero y favorable.

Rumor de voces y de cercano tumulto hizo que apenas entendiesen los condes las últimas palabras de Dolores; y volviendo los tres sus miradas hácia los corredores de donde venía el ruido, vieron venir presurosos y casi sofocado un caballero de buena presencia y lujosamente vestido, el cual gritaba con estentórea voz á los criados que le seguían: —¡Viva Dios que todos pareáis todos! ¡Llamad á mi cuñado! ¿Dónde está? ¿dónde diablos se esconde? ¿en qué piensa mi hermana? ¡Los buscaré!... ¡van á dar las once!

Desenbrió entonces á los que procuraba y se lanzó á ellos diciendo

con mayor impaciencia todavía que la que antes expresaba.—Van á dar las once ¡vive Cristo! El condestable y el almirante están ya en palacio; el obispo de Cuenca espera en la capilla al augusto niño que va á cristianar. Solo por vosotros se aguarda: ¿qué es esto? ¿qué os detiene?

—¿Cómo! ¿decís que van á dar las once? exclamaron á la vez los dos esposos.

—¿Tan descuidados estais que no lo sabéis? ¡voto á sanos que vuestra calma es admirable! ¡A palacio, señores; á palacio! sus altezas esperan!

—Es que, como ya veis, dijo el conde volviendo los ojos á su hija, esta niña no se ha ataviado; rehúsa asistir á los régios festejos... y temiendo por su salud...

—Esa niña, interrumpió bruscamente el impaciente caballero, hará en buen hora su voluntad ya que no sabéis imponerla la vuestra: sois demasiado blandos con ella; pero no es menester por tanto que seáis desatentos con vuestros reyes. ¡En marcha todos! ¡en marcha!

El adelantado abrazó tiernísimamente á su hija; doña Beatriz le dirigió todavía una última reconvenção, aunque acompañándola de una mirada benévola. Don Juan de Avellaneda, señor de Izcar y de Montejo, alférez mayor del rey, y hermano de la condesa de Castro, que este era el personaje que entrara á turbar la conversacion de los condes con su hija, se sonrió desdeñosamente al observar tantas muestras de paternal cariño, y aun el leve indicio de la materna ternura. Aquella sonrisa y todo su aspecto y toda su fisonomía, aunque notables por su nobleza, parecían declarar que los sentimientos buenos no hallarian fácil entrada en el alma de aquel personaje, cuya única pasión debía ser el honor, y su única flaqueza el orgullo. Todos, excepto Dolores, salieron presurosos para dirigirse al palacio, y apenas se vió sola nuestra heroína volvió á encarrarse en su oratorio, donde puesta de rodillas ante una imagen de la Santa Virgen, repetía con indecible angustia: —¿Este es un gran día! ¡Todo va á decidirse! ¡mi dicha ó mi desgracia! ¡mi vida ó mi muerte! ¡Protejedme, divina María, protejedme!

(Continuad.)

G. G. DE AVELLANEDA.



Casas árabes de Córdoba.

En una de las ciudades de España mas ricas en vestigios de la dominacion de los árabes atendido lo poco que nos queda de un pueblo que por tanto tiempo habió en la peninsula y que tanto edificó, en Córdoba decimos, en la populosa capital de los califas de occidente, solo en dos casas quedan recuerdos de la construcción civil de los árabes, siendo cosa extraña que se hayan conservado hasta nuestros dias por espacio de seis siglos, sobreviviendo á tantos monumentos notables como se han ido destruyendo. Esta singularidad nos ha merecido á dar noticia de ellas.

Existe de la una solamente una galeria sostenida de columnas de

(1) Llámase *hacer sala* cuando el rey da de comer á sus cortesanos, limitándose á la mesa, lo cual no solia hacerse sino en grandes solemnidades.

jaspé con capiteles bizantinos y sin basa, de la cual se pasa á una sala cuya puerta es un arco primariamente labrado con inscripciones en su parte interior, ya casi borradas, como igualmente los delicados arabescos, con los repelidos blancos de cal. La óma, que es la que conserva mas de lo que fué, y la que representa el dibujo, perteneció á alguna familia principal (como tambien la otra) segun lo revelan las suaves piedras que aun quedan. Estas son una galeria y sala baja, una estrecha escalera muy decorada que conduce al piso superior y galeria alta, de la cual se pasa á una pequeña sala cuya puerta en forma de arco es semejante en sus ornatos á la de la baja; pero en lo demás se vea otros detalles segun nos parece, en los siglos XIV ó XV, como es una chimenea y varios cuadros en los muros y techos.

Se ha creído que las casas de los árabes no tenían mas que un piso, como dice el señor Tápia en su obra de la civilización de España, porque acostumbraban habitar en lo bajo, ya sea, escribe «por tener más á mano los baños, ó ya para no subir escaleras, que no usaban ni aun en los altos castillos.» Las razones indicadas de no usar altos los árabes no nos parecen las más concluyentes, siendo la principal y acaso la única que los árabes propiamente así llamados habitantes del Asia, del mismo modo que los que vinieron á establecerse al Africa y luego pasaron á España, eran naturales de países ardientes donde es una necesidad habitar en lo bajo durante la estación cálida del estío, al mismo tiempo que los inviernos son muy templados. En cuanto á no usar los árabes escaleras en sus edificios, esto no puede admitirse con la generalidad que el señor Tápia afirma, pues lo contrario se ve en esta casa y en varios castillos construidos indudablemente por los árabes ó por maestros de esta nación al servicio de los cristianos, en los cuales hay escaleras aunque formadas de escalones muy bajos y equies.

La casa que nos ocupa está demolida en gran parte, y reducido á patio y huerto ó corral mucho de lo que estuvo edificado en otro tiempo; y aunque no sea del mismo que la casa, para complemento de su carácter oriental descuelta una palma delante de las habitaciones.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.
de la Real Academia de la Historia.

MADRID EN EL AÑO DE 2851.

NUEVO PORVENIR DEL MUNDO.

La primera labor que hago yo al despertar por las mañanas, es leer de cabo á cabo ese periódico tan instructivo y tan bien redactado que llaman *diario de avisos*. Siguiendo esta antigua costumbre, cojió ayer de madrugada, casi maquilando y medio dormido todavía. Entendíome ver en su primer renglón y en gruesos caracteres la siguiente fecha: **ESERO DE 2851.** Frotéme los ojos, desconfiando de mi vista, pero no había duda; estaba perfectamente claro **ESERO DE 2851.** Proseguí leyendo, y confieso que entonces fué creciendo mi sorpresa gradualmente, porque estaba tan bien escrito el diario y anunciaba cosas tan nuevas para mí, que lo primero que se me ocurrió fué si la providencia habría vuelto locos á los redactores, después de haberlos enseñado la gramática castellana y en castigo de las infantilidades y desobediencias majaderías que hasta el presente habían insertado en las columnas de su periódico.

Un tanto confuso ya alargué la mano al almanaque que tengo siempre á la cabecera de mi cama, y ¡cuál fué mi asombro al leer en su portada **CALENDARIO PARA EL AÑO DE 2851!** Esto se va complicando, exclamé para mis adentros, y viéndome precipitadamente me puse el gabán, cogí el sombrero y me salí á la calle. Tomé á la larga de la Carrera de San Gerónimo, y cosa estraña no tropecé con ser viviente. Ni el mas leve rumor llegaba á mis oídos que denotase movimiento de gentes ni sonido de voces. Admirado con tan desusada soledad me pregunté si se estaría verificando á aquellas horas la entrada de Montezón en Madrid cabalgando en su Eolo, ó si se habría remorado la aparición de un segundo baltemat en las nauseabondas aguas del sediento Manzanares. — Algo debe llamar y á alguna parte en estos momentos la presencia de los curiosos habitantes de esta coronada villa. Seguí mi camino y me dirigí á la puerta del Sol. ¡Singular fenómeno! No se encontraba alma humana, ni pavo un ratoncillo siquiera. — ¡Si habrá equivocado las horas, tomando la noche por día y por sol la luna? — Miré para arriba, y los radiantes rayos del alegre hijo de Apolo me hicieron cerrar los ojos mas que de prisa. Emojoso y casi vertido asime de la barba como quien quiere meditar. Sentílas largas y me ocurrió la idea de raperlas. No podía haber concebido pensamiento mas acertado. — Vámonos á casa de Reigón, mi antiguo maestro. Allí podrán sacarme de dudas: ¿qué cosa hay que se ignore en una habiería?

Salí de prisa y observé que estaban de muda; mas que esto me extrañó ver caras nuevas. Ningun oficial conocido se encontraba allí. Pregunté qué cambio era aquel, y un mozo vino como de veinte años me enseñó extendiendo el brazo, el único sillón para el uso del arte que había en la sala. Me hallaba ya en el primer enfurgatorio y volví de nuevo á dirigirme la palabra. — ¡Adónde se muda el maestro? El aprendiz siguió enjabonándose la cara; no hizo mas que darné la callada por respuesta. — ¡Si no me hallaré árido? ¡Si tendrá órdenes para no hablar? ¡Si habrá establecido Reigón este sibilic sistema en su establecimiento?

Distrajome de este solloquio la entrada de un nuevo parroquiano. Estrajome de verme, y yo me extrañé de verle entrar sin decir este es mi nombre. — Este conoce los usos de la casa. Sin duda: pero ¿qué Dios,

que yo he de romper un silencio tan monótono y tan pesado! ¿Qué hora es, muchacho? — El muchacho me estaba ya enjugando la cara y siguió su operación sin contestar ni esta boca es mía. — ¿No oyés, bruto? — Y acompañando este interrogante con un trastazo á la vacía que tenía en la mano, se lo puso por casquete—dejándole como quien acaba de tomar baños hidropáticos. El barbero se limpiaba pensativamente con la toalla, sin dignarse ni aun mirar para mí. — Voto á tal que ya rayá en insolencia y quiero castigarla á paladas.

Al girar y al verme tan incomodado, el letrer personaje que se hallaba asomado al balcón que cae sobre la calle de la Montera, se acercó á mí disidente:

— ¿De dónde viene V. hombre? ¿no sabe V. que este joven es sordo-mudo de nacimiento?

— ¿Y qué motivos tenía yo para saberlo?

Una estrepitosa carcajada salió de las fauces de mi interlocutor, y por un buen trecho de tiempo no hacía mas que mirarme y reirse. Repuesto al fin dió la vuelta al rededor de mí, y se paró á contemplarme por la espalda.

— ¿Qué es lo que mira V.?

— ¡Nada! Estaba examinando si sería V. un areolito, alguna objeta caído de las nubes.

— ¿Pues qué no sé yo quien soy, ni en dónde estoy?

— No lo parece, al menos.

— ¿No es este Madrid?

— Así lo apellidan de algunos siglos á esta parte.

— ¿No estamos en el año de gracia de 1851?

— ¡Hombre, V. no está en su natural juicio! V. se equivoca en la friolera de mil años.

— ¡Mil años! exclamé, y al instante se me vinieron á las mentes las fechas del *diario de avisos* y del *calendario* que tanto me habían sorprendido al despertar. — ¡Viviremos acaso en el de 2851?

— ¡Pintiparado.

— ¡Este hombre está loco!

— ¡Este hombre está demente!

Estos dos apartes no fueron pronunciados en voz tan baja que no los oyésemos los dos. Se parecieron á los apartes de los letrados cuando los cómicos los volubitan á la cara unos de otros.

Yo que en nada creo, ni aun en las mujeres siquiera—estoy muy lejos, á pesar de cuanto acababa de pasar por mí, de persuadirme de que hubiese pasado mil años durmiendo; pero como hombre de hombre quise seguir la broma, y con aire risueño é inocentón supliqué á mi interlocutor me explicase el motivo por qué se hallaban tan abandonadas de transeantes las calles de la capital.

— ¿Tan poco lo sabeis? Ya veo que sois uno de los siete dormidos.

— ¿Acaso.

— ¿Pues quién ignora que hoy es el solemne día en que va á realizarse el acontecimiento providencial de la humanidad; en que va á organizarse el mundo bajo una nueva y salvadora forma; en que va á constituirse la sociedad bajo un pensamiento fecundo de felicidad y de armonía?

— ¡Tate! ¡tate! Si sean ya una vezada práctica los delirios de Cabret á los señores de Fourier? ¿Si en esto consistirá el bienestar de los mil años de momento con que hoy me he visto cargado de repente? ¿Cómo los socialistas son tan ingeniosos, acaso habrán descubierto otra escuela basada en la reforma del calendario.

— ¡Pobre hombre que sois! ¿Creeis acaso tan estúpida á la generación presente que pueda fascinarse con el espectáculo de una república platónica, de una *teoría* ó de un *Palanquerio*? ¿Qué locura! Nuestros antepasados han imaginado reorganizar el mundo con las virtudes de la humanidad, esto es, con cantidades negativas; nosotros, mas positivos y mas prácticos, vamos á reorganizarlo con sus vicios, esto es, con cantidades positivas.

— Explicadme.

— Nuestro sistema está fundamentado en el órden métrico de los pueblos, así como los de los socialistas pasados estaban fundados en el órden moral de las sociedades. Ellos querían dividir la propiedad; nosotros dividimos á los propietarios. Ellos querían distribuir los trabajos en grupos, nosotros distribuímos los oficios en secciones. Ellos querían reunir en una todas las clases; nosotros las separamos y aislamos unas de otras. Ellos querían imprimir fuertes y determinadas pasiones al corazón humano; nosotros queremos utilizar y santificar las buenas y malas que cada persona tenga. Ellos querían levantar nuevas ciudades; nosotros respetamos las antiguas, y el nombre de sus plazas y sus calles es la base de nuestra gran reforma.

Atónito me tenía las palabras que estaba escuchando. Mi incredulidad se desvanecía por momentos. — Continúa, le dije.

— Ya he concluido. Hoy es el día en que va á sonar la hora, esa hora que tanto ha ocupado á los agitadores insustanciales y á los fabricantes de innovaciones, esa hora que hacía decir á tantos charlatanes: *«Ha sonado la hora de la emancipación! ha sonado la hora de la li-*

berdad! ¡Ha sonado la hora de la regeneración! ¡Pues bien! ¡Yo sé! y verdaderamente va a sonar la hora destinada por la providencia para la constitución social de que acabo de daros una primera idea. Las gentes se han reunido en Chamberí, lugar consagrado á los sabios de la antigüedad, porque los columnos que en él se levantaban eran una imagen del alto vuelo intelectual de nuestros mayores, y porque la estrépitoso música que resonaba en su plaza era la fiel expresión de los sublimes acentos del génio de nuestros padres. En dicho Chamberí, cuyo nombre hemos conservado por un sentimiento de respeto arqueológico, se señalará á cada habitante su cuartel, su barrio, su localidad, su uniforme y sus deberes; y ahí tieneis á Madrid reglamentada bajo el verdadero socialismo, en el corto espacio de algunos minutos, y con Madrid á todos los habitantes del globo; porque es operación que se verifica hoy de común acuerdo en toda la redondez de la tierra.

—¿Y á qué autoridad sujetáis el supremo arreglo, la recomposición del pueblo bajo las nuevas bases de que me habeis hablado?

—A un director de escena. El es el que distribuirá los papeles, el que determinará los trajes, el que señalará las salidas para representar cada uno la parte que le toque en este nuevo teatro del mundo.

—¡Ah, ya calgo! El director de escena es vuestro primer magistrado, vuestro poder público...

—¡Eso es!

—¡Oh sociedad bien organizada! Mil y doscientos años han tenido que pasar por tí para que llegase á ser una realidad tan tangible á todos, los versos de un famoso poeta que decía, por esplicita profecía sin duda:

El mundo comedia es,
y los que en él laureles
hacen primeros papeles
y á veces el entremés.

Sacóme de mi meditación un confuso rumor de voces é instrumentos que parecía venirse acercando poco á poco por las calles de Fuencarral y Hortaleza. ¿Qué os esto?

—Son los actores ó líricos vecinos de la coronada villa que vienen de vuelta y celebrando de pago que se retiran á sus respectivos departamentos, la nueva y felicísima era en que acaban de entrar. Buen sitio tenemos para verlos, ¿acercáos!

El ruido era cada vez mayor. Asomé la cabeza y vi bajar por la Red de San Luis inmenso tropel de gentes. Alegróse el ánimo y recreóse la vista con la perspectiva de dos larguissimas filas de personas que venían cubriendo las aceras.

Rompían la marcha los músicos de la murga; los socios de mérito que componen la orquesta en toda función ó academia lírica y dramática de aficionados, los ciegos que arañan la guitarra en las esquinas, los principiantes de violín y fligé que estan aun con la escala y los que gastan una hora en templar los instrumentos. Esta música iba acompañada de un nutrido coro de ambos sexos compuesto de muchísimos de los que cantan las zarzuelas, tonadillas y óperetas españolas; de los mendigos que pregonan las hojas volantes; de los areneros, aguadores, fueveros, rabaneros, lolleros y mas comerciantes de calle; de los autores de obras que escriben é imprimen en los periódicos sus propias alabanzas; de los filarmónicos que talaban la *Luz* ó el *Morón* en calles y paseos; y de las jóvenes que nos embisten en todas las reuniones con la *Jardínera* del *Duende* ó la *casta diva* de la *Norma*.

—¿Y adonde se dirige esta gente?

—Los músicos á la calle de la *Sarten* y los cantantes á la del *Burro*, y á la del *Perró* y á la del *Cueruo*.

Seguían tras los músicos y cantantes una falange de esas señoras que llaman mayores, metidas en sillás de manos y cubiertas de plumas de pavo, como brujas en poder del santo oficio. Las sillás iban conducidas por hombres, jóvenes en su mayor parte, compuestos y vestidos como para un caso. Pregunté al del lado qué significaba aquello, y respondióme sonriéndose.—Estas son las viejas locas de Madrid, las que se liden las canas y se untan las barbas, las embusteras de años como las califincha un escritor satírico de hace dos siglos, y los que las llevan son los que andan á caza de sus amores y mercedes; gente que como los traperos especula con los deshechos de la vida y las porquerías del tiempo. Repararéis cómo llevan librear: esto es para que se les reconozca cuando salen á la calle, bien que tampoco les es permitido atravesarlas sino mientras andan con los subatinis á cuyo oficio se les destina.

—¿Y cuál es el departamento que se les ha designado?

—A ellas la calle de la *Sierpe*, y á ellos la del *Pozo*.

En esto estábamos cuando me llamó la atención una estrépitoso algazara que se desprendía de un numeroso grupo, el mas descompuesto y desordenado de la procesion.

—¿Quiénes son estos?

—Son los secretarios políticos, religiosos y literarios; son los creadores de escuelas y los confeccionadores de sistemas. ¿No los re-

corristeis por el trage de arlequin cubierto de cascabeles y campanillas con que vienen cubiertos?

—Es verdad; pero sus voces sobrepujan al ruido de sus sonajas.

—Lo que ellos quieren es hacer ruido, que todo el mundo los oiga, que se hable de ellos en todas partes; por eso alzan la voz en los cafes, declaman en los clubs y predicán en los libros y periódicos. Nosotros los despojamos para naturales y mozos de mulas, que es gente que no sabe estar callada, para tambores de regimiento, para pregoneros y para medievalistas. Este último oficio lo desempeñan admirablemente los manifiestos por escribir. Mirad mas adelante; esos son todos los niños de colegio y de academia que marchan de dos en dos, llevando sus directores á la cabeza; pues estos forman parte de los sectarios. Hay entre ellos algunos que no saben hablar sino del inmenso séquito de sus afiliados, de la muchedumbre que marcha en pos de ellos, de los numerosos conscriptos que escuchan sus voces y siguen sus mandatos; pues á los tales se les destina para dirigir los hospitales, inclusos y colegiales. Cuando ya no hay plazas vacantes se les manda de jefe de Batallon á los que sirven, y á los que no, se les ocupa como conductores de ómnibus y repataés de recua. Sus marchas son las calles de *Caballeros*, *Soldado* y *Niños de Loreto*.

Contraste formaban con los secretarios los que los seguían, aquellos por lo alborotados y estos por lo silenciosos; aquellos por turbulentos y estos por lo pacíficos. Parecía que habian sido colocados los unos al lado de los otros como vivo ejemplo de una antitesis palpitante.

—Ya veo que no caéis en quién es esta gente, aunque parece fácil de adivinar.

—No será por lo que digan.

—Pero sí por lo que callan.

Pertenece al gremio de que es individuo el mozo que os ha afilado.

—¡Efectivamente!

—Son los sordo-mudos. Entre ellos se escojen los que han de componer las asambleas deliberantes, los cuerpos lejislativos, las congregaciones, comisiones, y toda clase de juntas en que en las pasadas edades se hablaba tanto y tan poco se hacía. Aquellos en quienes se nota afán por querer expresarse, atencion á darse á entender por señas, y manía por explicarse por medio de las manos, de los ojos ó del cuerpo entero; se reservan para barberos y para horteras, en los cuales parecen mas idisculpables tales arrebatos, porque se tiene por imposible que ejerzan bien su oficio sin meterse á conversar en lo que no les vé ni les viene.

—¿Y á dónde van á vivir?

—A *Puerta Cerrada* por afición al estado de sus orejas y como mal añosanza de lo que debe ser su boca. ¡Vé V., aquellos jóvenes que se acercan con trajes tan holgados como si vistiesen de prestado, cubierta la cabeza de penachos y con grandes tijeras en las manos?

—Esos serán sastres, dije yo.

—Qué!, no señor. Esos son periodistas. Traen por atributos plumas y tijeras, porque con plumas y tijeras viven.

—¿Y á dónde se dirijen todos juntos? ¿Van acaso á la gefatura política ó á Canarias?

—Van á la calle del *Perró*, porque se acaba de descubrir que el periodismo no es otra cosa que una serie de ladridos. Pero fijad la vista en los que vienen detrás con el escudo de Medellín al pecho y llevando en andas una imagen.

—Esos serán hermanos de alguna cofradía, le interrumpí.

—Esos son los casados que se retiran con su patrono *san Marcos* á las calles del *Infierno* y del *Dosseguño*, que han escogido para establecer en ellas sus viviendas.

¿Y los que vienen en pos?

Esos son los que creen en la hidropatía, en la alopatía ó en la homeopatía; los que creen en sueños y en el calendario, los que creen en la influencia de los planetas y en las palabras de los hombres; los que de todo se admiran y todo les parece bien, tienen sus cuarteles en la calle de *Belen*, y por eso se dice de ellos que están siempre en *Belen*.

(Concluirá.)

J. RRA FIGUEROA.

LA CARGA CONSEJIL.

novela

ESCRITO EN EL ALBUM DE UNA SEÑORA.

A un escritor caballero
que hoy no puede escribirtear,
perdoná, amable señora,
que firme deprisa y mal.

Si, que van á dar las dos,
y hay que vestirse y botar,
pues ya suena en mis oídos
la campana comunal:

La campana concejal,
que me llama á concejar
de la coronada villa
en sala consistorial.

Allí me esperan muy serios
cuarenta consortes mas,
para hacer, juntos conmigo,
la común felicidad.

Allí, en banco carmesi
y elevado el espaldar,
haciendo como el que piensa
(y pensando en no hacer mas)

Tengo que pasar tres horas
entre las piedras y el pan,
entre basura y limpieza,
entre el aceite y el gun.

Allí catorce abogados
que tienden el paño ya,
á propósito del riego
nos citan el Alcorán.

Allí ocho ó diez candidatos
que ensayan el *candidar*,
entonan el *quousque tandem?*
porque un cuarto subió el pan

Allí otros tantos comparsas,
cuando hubieren de votar,
por no alzarse del asiento
reprobarán el Misal.

Y hay allí *interpelaciones*,
y *bills de indemnidad*,
y discursos sobre el fondo,

y para *rectificar*;

Y *alusiones personales*,
y *elacion nominal*,
y *escrutinios embolados*,
y *voto particular*:

Todo, en fin, el aparato
escénico y algo mas
del *sublime mecanismo*
parlo-constitucional.

Ahora bien, si este buen rato
me espera en llegando allá,
si este chaparrón de ciencia
va sobre mí á descargar,

¿Cómo pretendéis, señora,
que espere un minuto mas
sin ir á beber el chorro
de tan pródigo raudal?

Perdona, mas no es posible,
y la razon me darás
al saber que en aquel *tutu*
suelo á veces alternar.

Yo, que canté siempre solo,
tengo ahora que acompañar,
y hablar con rostró feo
que es lo que me ástusta mas:

Hasta que al cabo del año
entone el rondó final
y me vuelva á mi luneta
para reir y silvar;

Entonces... pero callemos,
que ahora tocan á observar;
luego vendrá la parlancia
tras de la curiosidad.

—1848.

EL CURIOSO PARLANTE.



(Italia.—Castillo de Ferrara.)